



Pedro Antonio de Alarcón

Las ferias de Madrid

Sunt lachrimae rerum.

(Virgilio.)

- I -

No creáis que es un artículo de costumbres, a la manera de los discretísimos y famosos de nuestro Curioso Parlante, lo que me propongo escribir hoy...Ni yo tendría fuerzas para tanto, ni, teniéndolas, incurriría en semejante anacronismo. Y digo esto, porque los artículos de costumbres no están ya de moda... -¡Cómo han de estarlo (perdonadme la rudeza de la expresión), si no se estilan ya las costumbres!!!... ¡Las costumbres, que son, o que eran, el alma de la vida y la vida toda de la sociedad!

Propóngome aquí únicamente sacar una especie de fotografía de las Fiestas de Madrid (este año que, faltando también a su costumbre inveterada, se han trasladado de la calle de Alcalá al paseo de Atocha) y consignar algunas reflexiones melancólicas, por las cuales he venido a deducir que, si de la moderna sociedad van desapareciendo las costumbres, no acontece lo propio con los vicios.

Manos, pues, a la obra.

- II -

Como caen de los árboles las hojas secas, para abonar la tierra que embellecieron y sombrearon, y cooperar al florecimiento de otra primavera futura, así los trastos viejos de las Fiestas de Madrid (impelidos por aquel mismo viento de la caída de la pámpana que arranca a los tísicos de las alcobas y se los lleva al camposanto) se desprenden, todos los otoños, de los sotabancos y bohardillas de la corte, y se convierten en lúgubres mueblajes para casas de huéspedes, o en ajuares de media tijera para matrimonios nuevos. -Tal es la ley universal de lo creado.

Yo he visto (y sirva de prólogo esta digresión) hacer la testamentaría de un soltero, menor de treinta años, mantenedor de la buena causa en el Prado y en los salones, muy distante de su familia y de su aldea, y muerto repentinamente al salir de un baile de máscaras.

Era una mañana de invierno, y a la pálida luz de un día de nieve, manos profanas revolvían pañuelos bordados, cuellos de casa de Dubost, guardapelos, cartas de distintas letras, guantes, algunos napoleones y cuatro o cinco retratos, uno de ellos conocido (lo cual costó la honra a una mujer), los demás de buenas gentes de provincia (quizá padres y hermanos), y uno, en fin, del difunto, sacado cuando era niño y dirigía sus pasos al templo de Minerva...

Flores marchitas, fechas misteriosas, nombres adorados, reliquias venerandas, el libro predilecto, el afeite malicioso, el pagaré que le quitó el sueño algunas noches, los versos que se empeñó en hacer y no supo, todo pasó ante nuestros ojos como capítulos sueltos de varias novelas, o como números atrasados de un periódico.

Diríase que íbamos descubriendo con un escalpelo, fibra por fibra, los ventrículos de un corazón todavía caliente. Quién rompía lo peligroso; quién apartaba lo útil: esto se destinaba a la familia; aquello a la sola, a la triste, a la desconsolada amante; el dinero se dio a la parroquia para el entierro, y se convirtió al día siguiente en pan, legumbres y chocolate; la ropa fue a la aldea en busca del hermano menor, a quien con el tiempo le valió una conquista; tal pariente deseó un libro, tal amigo una acuarela, fulano la petaca, mengano la pluma y el sello... Y se lloró, se habló, se rió, se terminó el acto, se enterró al joven (que nada sabía de lo que pasaba); y llegó la primavera al poco tiempo, y la Naturaleza no se dio por entendida de la muerte de nuestro amigo.

Pero prosigamos.

Ni los puestos de fruta que cambian de sitio en estos días, ni las tiendas de juguetes y de quincalla que se salen al arroyo, ni las muchísimas encantadoras cursis en edad de merecer que andan de acá para allá, seguidas de sus madres o empresarias, en busca de un mediano casamiento, son suficientes a quitar al mortuorio mercado del otoño madrileño su aspecto repugnante y desconsolador.

Quédense para otros pueblos las ferias animadas y bulliciosas en que, como en los tiempos primitivos, acuden de lejas tierras caravanas de mercaderes con grandes ejércitos de ganado lanar, asnal, caballar, mular, de cerda, vacuno y cabrío; en que se hacen grandes negocios, compras, ventas, cambios, robos y hurtos, dando lugar a cuantiosas emigraciones e inmigraciones de reses; en que se ven tantos bailes como tiendas de campaña, tantos cuadros de costumbres como familias de mercaderes, tantas comilonas como tratos cerrados; en el que el uno acude para lucir a su serrana de negros ojos y terciado pañolón, el otro para lucir su yegua vistosamente enjaezada, todos de lujo y de fiesta, todos con un cinto lleno de oro, dispuestos a beber, reñir y jugar, y a dejar sin corazón a una docena de mujeres: quédense también para otros pueblos las ferias en que se compra lo nuevo, lo exótico, lo desconocido en todo el año, y lo tradicional, lo superfluo, lo útil y lo imprescindible (la yunta, el caballo de regalo, el cerdo para la matanza, la vajilla, la ropa de invierno, el abrigo de la cama, los cuadros del estrado, los pendientes, el collar, la sortija, los cubiertos de plata); ferias deseadas, temidas, festejadas, memorables, que hacen época en la vida, que marcan el plazo de los casamientos, que terminan el ajuste de los criados, que señalan, por último, el fin de los días de huelga, alegría y reposo posteriores a la cosecha, y el principio del recogimiento y de los nuevos trabajos que constituyen el arreglo de las casas durante los cuarteles de invierno de las familias...

Las Ferias de Madrid son todo lo contrario. ¡Doquiera que se vuelven los ojos no se ve más que tristeza, miseria, dolor, profanaciones, olvido!

Prescindamos del contingente que las Américas y el Rastro suministran a esa pavorosa exposición... Pasemos con los ojos cerrados y las narices tapadas por delante de los puestos en que se hallan de venta las ropas lavadas del que murió en el hospital, la ropa perdida por el jugador, la ropa execrada que llevó un ahorcado y la ropa ensangrentada del suicida desconocido... -Entre esos puestos hay algunos que pueden compararse a una cesta de traperos, a un montón de mugre, a un tiesto de basura. En ellos se ven mezclados la mitad de unas tijeras, media cruz de Isabel la Católica, la peana de un Santo, unas hilas ya usadas, el faldón de un frac, el ala de un sombrero, la muleta de un cojo que murió, el mango de un cuchillo, el mástil de una guitarra, el tacón de una bota, una caja sin fondo, tres hojas de un libro, la pasta de otro, un pedazo de entorchado de General,

un zapato viudo, un guante soltero... ¡y todo sucio, oxidado, agujereado, deshilachado, y apestado además por el ósculo de la muerte!

Apresurémonos, sí, a dejar a nuestra espalda esos nauseabundos puestos, y fijemos la atención en otras tiendas donde se venden objetos más importantes, más limpios y más cuidados; objetos servibles, en fin, aunque servidos, y ellos nos harán experimentar la honda tristeza inherente al inventario de esta gran testamentaría que la muerte o la pobreza sacan en Madrid a pública subasta durante el equinoccio de Septiembre -cabalmente los mismos días en que el Océano, fustigado por el Cordón de San Francisco, arroja a las playas a cada instante melancólicos restos de buques náufragos.

-Mirad. Las bibliotecas reunidas con mil afanes por el hombre estudioso; los libros con dedicatoria; los retratos de familia; los muebles consagrados por el uso; el medallón que ya fue tumba; el abanico que agitó la virgen; el reclinatorio en que rezó la desposada la noche de novios; el bastón de alcalde, tan respetado y temido en tal o cual alboroto; la charretera que saludaron tantos soldados; el sable que acometió tan altas empresas; el sofá que oyó una conversación de amores; el tintero con que se escribió una grande obra; el caballete en que estuvo colgado un renombrado lienzo; el anillo nupcial; lo que legó un moribundo a un vivo; lo que un vivo dedicó a un muerto; la pistola que empleó él suicida; lo querido, lo venerado, lo íntimo, lo consuetudinario, lo familiar; lo que se regó con llanto, lo que se tiñó con sangre, lo que calentó nuestro cuerpo, lo que se empapó con el sudor de nuestra frente; nuestro pasado, nuestra historia, nuestro ser, nosotros mismos en venta... ¡Esa es la Feria de Madrid!

De aquí proviene que, cuando recorremos los puestos de la Feria, nos parece que visitamos un cementerio, y que cada objeto es una tumba; o que ya estamos en el Valle de Josaphat, y asistimos a la gran cita de los pecadores, en que cada uno debe presentarse con su historia a la espalda, descalzo de pie y pierna, y no sabiendo quién lo rematará a su favor, si Dios para aumentar su gloria o el diablo para aumentar su infierno.

¡Ah! ¡Sí! La Feria de esta Villa y Corte pudiera llamarse la Resurrección de los muebles.

Durante ella, y para los que tenemos algo de sexto sentido, esos muebles, arrumbados durante todo el año, se animan, gesticulan y hablan, de cuyas resultas es fácil oír sangrientos apóstrofes, horrorosos sarcasmos y verdades como puños.

Un catre de tijera sale al encuentro de fulano, que es Ministro, y le dice irónicamente:

-¿Me conoces? Yo te dormí en mi regazo mucho tiempo... ¿Por qué me abandonaste? ¡De seguro que no duermes tan bien ahora!

La prenda empeñada y no redimida acusa de ingrato al calavera a quien sacó de un apuro y del que no mereció luego igual merced...

Los uniformes de miliciano de 1836 se ríen al ver pasar a los neocatólicos de 1857.

Las sillas de Vitoria que asistieron a la boda de tal banquero, cuando era aguador, hablan pestes de las butacas en que se sienta hoy. El becerro de oro finge no conocerlas, y aprieta el paso. Y las sillas de Vitoria se quedan diciendo, como si lo oyera:

-¡Anda!... ¡Anda!... ¡La verdad es que ahora no eres tan feliz como cuando te sentabas en nuestras rodillas!

La pobre arca vieja que guardó antaño el pobre y plebeyo equipo del actual marqués improvisado, se queja amargamente del abandono en que la dejó, y, al verlo cruzar en busca de un libro de heráldica, le sopla al oído estas palabras aterradoras:

-¡Que lo digo!

Aquí un espejo reconoce a su primitiva propietaria, que ya es vieja y fea, y le dice con ferocidad:

-¡Ya me quisieras ahora, infame! Yo te hallé siempre pura y hermosa; pero tú me abandonaste por otros espejos más dorados, que marchitaron tu pureza y hermosura...¡Hoy te desprecio, y me horrorizo de mirarte!

Allí una cama de matrimonio se cuadra delante de un caballero que lleva del brazo a una señora, y le pregunta por su primera esposa, a quien juró no olvidar.

En un lado da voces un palanganero de pino, diciendo:

-¡Aquel es mi amo! Yo le hacía la toilette cuando era escribiente...
¡Desde el día en que me dejó, no ha vuelto a cantar al tiempo de lavarse!

En otro lado las cómodas descerrajadas tiran de la levita a los ladrones desconocidos.

La palmatoria que presenció los ensueños del poeta, le hace guiños, como trayéndole a la memoria los instintos sublimes de su adolescencia...
-Pero el poeta es diputado a Cortes, y pasa de largo...

Alfombras, cuadros, pupitres, cepillos, tenazas, confidentes, lavabos, atriles, armarios, baúles.... todos saben algo, todos reconocen a alguna persona, todos representan una ingratitud, una injusticia, una decepción, una desgracia, un escándalo, una ruina! -¡Y todos dicen muy principalmente aquella gran verdad de que Madrid es una casa de huéspedes, donde no hay familia, ni hogar, ni casa, ni recuerdos, ni veneración, ni

tradición, ni costumbres, ni religión..., en el sentido lato de la palabra!

¡Oh, jóvenes recién llegados a la corte! Tratad superficialmente a vuestros muebles; -yo os lo aconsejo.- No toméis cariño ni a vuestra cama, ni a vuestro sillón, ni a vuestro escritorio: no intiméis con el sofá ni con las sillas: no contéis vuestros pesares al espejo: no selléis con vuestra sangre ningún bronce: no derramáis lágrimas sobre ningún mármol! ¡No améis nada en Madrid! ¡Nada!, (entiéndase siempre que hablo de objetos inanimados). Saludad a la ligera la portière y la cortina: tocad con el filo de los labios la taza en que tomáis el té y el vaso en que bebéis el agua; mirad con la misma indiferencia la chimenea que os conforta y el baño que os refresca; no depositéis vuestra confianza ni en la carpeta en que escribís, ni en la caja de palosanto donde guardáis la ceniza que se os va cayendo del corazón...

¡Sed finos y corteses (¡y nada más!) con el estuco y el cerezo, con el hierro y el oro, con el alcorcho y el cristal, o temed, si les tomáis cariño, encontrarlos de venta en las ferias del año venidero!

1858

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo